

La vida entre blancas y negras

Paul Badura-Skoda | Considerado uno de los más grandes pianistas de nuestro tiempo, Badura-Skoda está de nuevo en León para impartir un curso de interpretación en la Fundación Eutherpe ante un alumnado de maestros

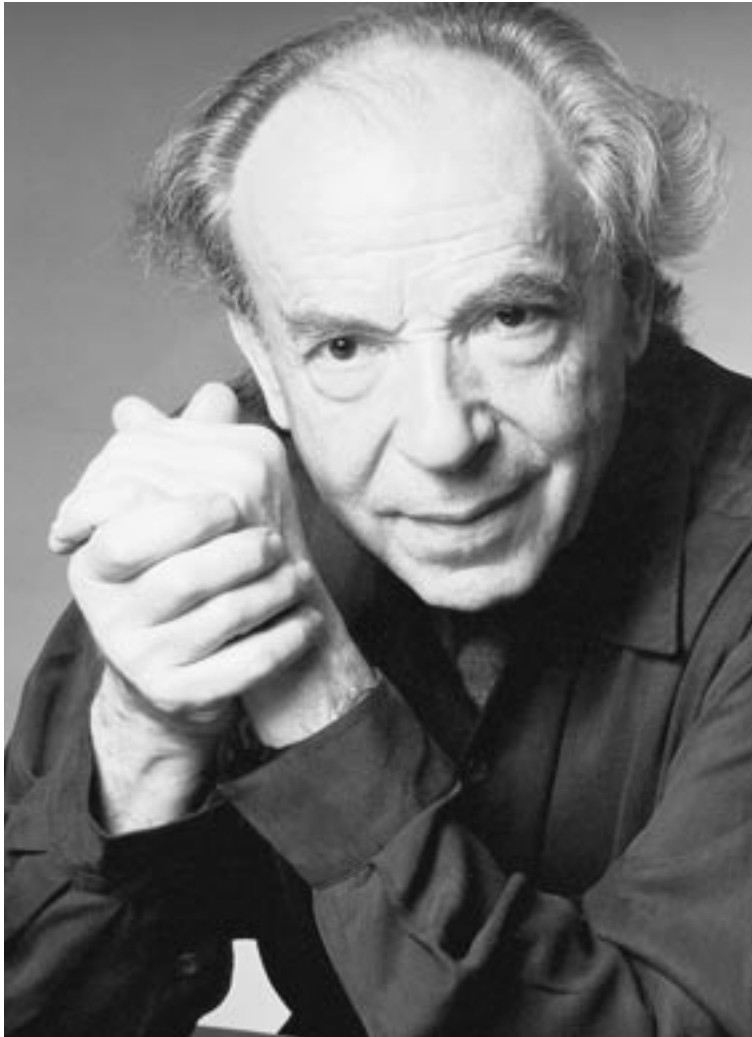
MIGUEL Á. NEPOMUCENO | TEXTO

||| El próximo 6 de octubre cumplirá 78 años pero su aspecto no le delata. Una asombrosa vitalidad mantiene a Paul Badura-Skoda en una forma increíble que le permite viajar de manera continuada de una parte a otra del mundo, ofrecer agotadores conciertos, conceder innumerables entrevistas y mantener vivas sus otras pasiones: el ajedrez y la arquitectura. Apóstol incansable de la interpretación con instrumentos para los que originalmente ha sido concebida la música de los siglos XVIII y primeras décadas del XIX, el mítico pianista austriaco se encuentra estos días en León para ofrecer un nuevo curso de interpretación pianística en la Asociación Eutherpe, donde ya ha estado hace un par de años

Discípulo del inimitable Edwin Fischer y ojito derecho de Furtwängler, Karajan y Knappertsbuch, Badura-Skoda es una referencia absoluta en compositores como Mozart, Schubert, Beethoven y Haydn, tanto en el pianoforte como en el piano moderno, manteniendo en todos ellos una intensidad expresiva, un fraseo y una claridad que lo convierten en un auténtico paradigma. Maravilloso pedagogo con alumnos en los cinco continentes desde hace varias décadas, el maestro austriaco es un enamorado de León y no duda en regresar a esta ciudad cada vez que se le requiere, bien como docente, o bien como intérprete, un lujo que muchas de las grandes urbes del mundo de la música les gustaría tener con la asiduidad con la que León le atrapa.

Gran conversador, ameno e inteligente, Badura Skoda es un hombre del Renacimiento que une a su inmensa cultura en muchos campos del conocimiento sus dos pasiones que cultiva con asiduidad: el ajedrez y la arquitectura, además de un coleccionismo de pianofortes de época, impresionante, entre los que se encuentra uno que perteneció a Beethoven.

Su fuerza en el juego de Caissa es del nivel de un maestro, y varios distinguidos grandes maestros internacionales han mordido el polvo, tablero por medio, frente a Badura-Skoda, quien dedica al ajedrez muchas veladas y está al día de las últimas novedades teóricas que se producen en el campo de las aperturas. Innumerables anécdotas a cerca de su pasión por este deporte corren de boca en boca entre los jugadores de ajedrez, y él contribuye diariamente a alimentarlas con su peculiar forma de ser: caballerosa, educada y sobre todo generosa. Su proverbial bonhomía, su amor desmedido por la música y su entrega incondicional a labores humanitarias en varios países convierten a Badura-Skoda en una clase de hombre aparte, que va dejando infinidad de amigos en cada sitio en que recala y aventajados alumnos que nunca olvidarán que han tenido el privilegio de poder estudiar y escuchar a una auténtica leyenda del



Paul Badura une a su asombrosa categoría como pianista una vitalidad a toda prueba con viajes y charlas

piano del siglo XX.

—Aunque está acostumbrado a contar con un alumnado numeroso, sin embargo el que a sus clases acudan consagrados maestros del teclado como sucedió en la pasada ocasión con el extraordinario pianista burgalés Antonio Baciero y que parece volverá a repetir en ésta, ¿no debe de ser frecuente?

—Es realmente significativo que en una ciudad pequeña como León acudan estudiantes de tantos países y de escuelas tan diversas y que además estén presentes en ellas auténticos maestros como es el caso de Antonio Baciero, no deja de ser motivo de orgullo. Eso es un éxito que hay que otorgárselo a la Asociación Pianística Eutherpe y en especial a su presidenta Margarita Morais que siempre está atenta a que el nivel del profesorado se mantenga al máximo. Además, siempre

es muy gratificante el ver cómo cada vez los alumnos son más jóvenes y están mejor preparados.

—Ésta es la tercera vez que viene a León, ¿cuándo fue la primera?

—Creo que sobre el año 61 y toqué en el teatro Emperador. Ya en aquella ocasión me encantó la ciudad y en la segunda visita, que tuve algo más de tiempo, la visité con detenimiento, lo que ahora volveré a hacer.

—Hasta 1948, usted consideraba los instrumentos originales como algo primitivo sin ningún interés ¿qué le hizo cambiar de parecer y qué diferencias hay entre el pianoforte y el piano actual?

—Fue mi maestro Edwin Fischer quien me adentró en este mundo maravilloso del forte piano y he intentado mantenerme fiel a él grabando los conciertos de Bach, Mozart o Haydn en estos instrumentos. Sin embargo,

últimamente en las salas de conciertos empleo los otros instrumentos más modernos como el Stenway o Bösendorffer, que producen unas dinámicas mayores. Las diferencias son también notables. En el forte piano el sonido es mucho más delgado y más rico en armónicos y en colores. La dinámica también es la misma sólo que el fortísimo del fortepiano es equivalente al mezzoforte del piano de hoy. El sonido del piano antiguo, además de una mayor limpieza te ofrece la posibilidad de hacer pianísimos tan delicados y controlados que resultan prácticamente imposibles en el piano moderno.

—¿Para qué entonces esa necesidad de crear un piano más potente si los resultados parece que no son tan convincentes en algunos aspectos?

—El piano moderno se desarrolló en el siglo pasado, con unas ideas determinadas, pero sobre todo para conseguir unos resultados completamente diferentes a las del fortepiano mozartiano, un instrumento con el que se podía interpretar de una forma más que sobrada toda la música escrita a lo largo del XVIII. Pero desde el momento en que la orquesta moderna comienza a incrementar su poderío, es cuando se encontraron con la necesidad de crear otro instrumento que pudiera medirse con ella de igual a igual. Y así surgió el piano moderno y con él las importantes diferencias con el pianoforte o el clavecín. En el caso de este último, el marco está construido de madera mientras que en el piano moderno es ya de hierro o acero. Esto permitió colocar unas cuerdas mucho más gruesas en una caja armónica el doble que la del fortepiano y le otorgó la posibilidad de convertirse en un instrumento con una mecánica mucho más poderosa, perfecta y rica para competir con la orquesta.

—¿Entonces habría que decir que, por ejemplo una sonata de Mozart, no se parece en nada cuando se interpreta en un pianoforte que en uno moderno? ¿La verdad sólo la tiene el pianoforte?

—En absoluto, lo que sucede es que todo está en función de las obras, los lugares donde se interpreta y la filosofía que se le quiera dar a lo que se interpreta. Por ejemplo, a mi antes no había quien me sacara de las interpretaciones historicistas, sin embargo ahora toco Mozart en las salas con pianos actuales y suena igual de bien, lo único que hay que hacer es resolver algunos problemas técnicos. Sin embargo pienso que el instrumento para interpretar a Mozart, en especial sus sonatas y las obras para piano sólo, es el pianoforte para el que fue concebido.

—¿Quiere decir que, por ejemplo, cuando se enfrenta a la sonata K. 310 de Mozart en la que hay un pasaje que suele crear problemas a los jóvenes pianistas porque se requiere tocar los graves con otro peso distinto que en el fortepiano, esa dificultad ¿cómo se resuelve?

||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||

Discípulo
Alumno
aventajado del
gran Edwin
Fischer y ojito
derecho de
Furtwängler,
Badura ha
tocado con los
más grandes
directores del
mundo